

Prefacio

Mi padre al morir no me dejó ni extensas tierras, ni oro en abundancia, lo único que me dio en vida fue la custodia de la memoria familiar que debería transmitir a otras generaciones; esa memoria estaba conservada en manuscritos dispersos y escondidos en aldeas del río Níger, donde no supieron encontrarla los franceses cuando conquistaron Tombuctú ni tampoco el gobernador Clauzel cuando envió a Bonnel de Mezières en busca del famoso libro acerca de los grandes imperios de África escrito por el misterioso Mahmud Kati o Koti. Trabajé a lo largo de mi juventud para encontrar cada uno de esos manuscritos hasta dar a conocer la reunificación de la biblioteca a finales de los años 90, apoyado entonces por Baba Akhib Haidara, de la Unesco en Malí, y por el poeta y amigo José Ángel Valente en España.

El mundo acogió entre perplejo y admirado la noticia de la existencia de esta biblioteca que llamaríamos Fondo Kati traduciendo del árabe al castellano el nombre que tenía entre los familiares, *Hizanat Ka'ti*. Escritores como Amín Maalouf, Juan Goytisolo, José Saramago, Antonio Muñoz Molina y varios políticos de Malí, Francia y Portugal, firmaron un manifiesto para la defensa de esta biblioteca, apoyando el llamamiento de José Ángel Valente y de mí mismo.

Se trata de la biblioteca del historiador Mahmud Kati, cuyo Tarikh al-Fettash se edita hoy bajo los auspicios de la Unesco. Esta biblioteca empezó a formarse en África tras el exilio de su padre, un godo islamizado de nombre Ali b. Ziyad al-Quti de Toledo, descendiente de la familia del rey Witiza, quien se casó con la sobrina del rey Sunni Alí el Grande, la princesa Khadiya Sila, hermana mayor del futuro emperador Askia Muhammad. Esta biblioteca cuenta con 12.714 manuscritos y más de 7000 textos escritos en sus márgenes por los Kati que vivieron hasta hoy a pesar de las miles de desventuras que conoció la familia a lo largo de la historia, desde la invasión de la horda morisco-beréber del sultán saadí dirigida por el cuévano Yawdar Pachá hasta la ocupación de la ciudad de Tombuctú por los islamistas de Ansar ad-Din hace dos años, pasando por el tiempo de los peul de Masina. Siempre la biblioteca vivió bajo la amenaza y, para salvarse, tuvo que dispersarse antes de reunificarse de nuevo, como de milagro.

Pues este libro que por fin tenemos en mano describe las venturas y desventuras de esta biblioteca a lo largo de los siglos. Uno sigue esta historia de dispersiones- reunificaciones de manuscritos a los que una familia se aferra como a su única patria, siguiendo otras historias que la hilvanan: la de África y la del propio autor y de su esposa, quienes salieron de su Málaga natal en busca de esta biblioteca de los Quti o Kati de Tombuctú. En el libro, el lector encuentra tres historias tejidas y bien presentadas: la historia de los manuscritos y la estirpe que la custodió; la historia de una vivencia, la del autor que fue tras estos manuscritos; y la historia de África, que proporcionan un contexto poco conocido. Estas tres historias cuentan una sola aventura de amor, la de un hombre a un continente tan poco conocido y, sin embargo, tan cercano.

África para muchos no tiene historia. Esto se pregona desde Hegel hasta Heidegger. Después de leer este libro, uno puede darse cuenta del desconocimiento de estos personajes. Me decía mi tío Hamma Muhammadun Alfa Yuba b. Ali-Gao que, si uno no se acerca a su próximo, no lo puede conocer; si no le conoce, no le puede amar y si no le puede amar no puede convivir con él humanamente. Este libro ha dado el paso y ayudará a todos a conocerse mejor, amarse y convivir. Libros como este de Luis Temboury hacen falta tanto en África como en Europa, nos enriquecen y humanizan. Pues el amor a los libros nos ayuda a amar a los hombres considerados como ajenos y a conocerlos más y mejor, y el amor a los hombres nos hace algo más humanos.

Granada, Mayo 2014. Ismael Diadié Haidara